

SECCION III.

*Varios objetos de accion de gracias.*

1.º Debemos dar gracias á Dios, en primer lugar, por los beneficios comunes á todo el humano linaje: San Juan Crisóstomo es muy enérgico acerca de este punto; y nuestro Señor llegó á llamar á la práctica de accion de gracias por los beneficios comunes el collar de su esposa, cuando habiéndose dignado desposarse con Santa Gertrúdis, é instruyéndola sobre los adornos espirituales con que debia vestir y engalanar su alma, la dijo:—*La esposa tiene que llevar sobre su cuello las señales del desposorio, esto es, la memoria de los favores que te he otorgado; la soberana generosidad con que te criara, dándote cuerpo y alma; la inefable largueza con que te he concedido salud y bienes temporales; la abrasada caridad con que te he separado de los devaneos del mundo, muriendo por ti y restituyéndote, si así es voluntad tuya, tu antigua herencia.* Cuenta Orlandini que el nacimiento de gracias por los beneficios comunes fué una de las devociones características del P. Pedro Fabre, de la Compañía de Jesús: Ocupába-

se sin cesar este siervo de Dios en traer á la memoria con singular agradecimiento, no solo los divinos beneficios particulares, sino tambien aquellos que son comunes á todo el género humano; y siempre tuvo presente la estrechísima obligacion de dar gracias á la infinita liberalidad de Dios por los beneficios comunes, no ménos que por los especiales, siendo para él motivo de grande afliccion ver el poco aprecio que de ellos hacia la generalidad de los cristianos, por conceptuarles asunto de escasa importancia. Lamentábase de que los hombres rara vez bendijesen aquella dulce voluntad y caridad inmensa de Dios, que movieron sus paternales entrañas á criar el mundo y redimirle despues á costa de su Sangre Preciosísima, abriéndonos así las puertas de la eterna bienaventuranza, y dignándose en todas estas finezas de su encendido amor, pensar particular y distintamente en cada uno de nosotros.

Bajo el nombre de beneficios comunes van comprendidas las gracias todas de la sagrada Humanidad de Jesús, los gloriosos dones y singulares prerogativas de la Madre de Dios, y todo el esplendor y hermosura de los Ángeles y Santos de la Jerusalem celestial. Entre otras promesas que hizo Dios á Santa Gertrúdis, fué una

la siguiente:—Todo aquel que alabe á Dios con devota intencion, y le dé gracias por los favores otorgados á Gertrúdis, será misericordiosamente enriquecido por el Altísimo, sino al presente, á lo ménos en alguna ocasion propicia, con tantos dones espirituales, cuantas fueron las acciones de gracias que él ofreciera. Cuenta Orlandini que el P. Fabre solia estar continuamente congratulando á los Ángeles y bienaventurados del cielo por todos los dones que habian recibido de las manos de su Criador, ponderando con especial asiduidad las gracias particulares con que les enriqueciera; y luego, separadamente por cada una de ellas, nombrando las más que le eran posible, daba á Dios, en nombre de estos cortesanos del cielo, rendidas acciones de gracias por semejantes mercedes; porque, decia, que era una devocion provechosísima á nuestras almas y muy agradable á los habitantes de la Jerusalem celestial, quienes veian claramente la inconmensurabilidad de la deuda de gratitud que deben á Dios, así como la imposibilidad en que se hallan de satisfacerla cumplidamente. Y llegó Fabre á remontarse á regiones tan elevadas con el continuo ejercicio de esta devocion, que no habia una sola dádiva otorgada por la Bondad divina, á cualquier individuo,

que no considerase como deuda personal que debia pagar al Señor su Dios; así es que apenas llegaba á percibirse de algun próspero acontecimiento sobrevenido á un hermano suyo, cuando lleno de alborozo, entonaba al Rey de los siglos un cántico de alabanza y hacimiento de gracias. Más aun: contemplaba arrobado, y con los ojos rebosando júbilo, las lindas y hermosas ciudades, las fértiles campiñas, los hechiceros olivares, los deliciosos viñedos, los risueños prados, los alegres valles; y como semejantes objetos no podian hablar por sí mismos, suplía él esta falta suya, dando rendidas gracias al Señor, Dueño universal de todas las cosas, por la hermosura y encantos que sobre ellos habia derramado á manos llenas, ofreciéndoselas igualmente á nombre de sus arrendatarios y poseedores, por el usufructo y dominio que Dios les otorgara.

¡Oh qué riquezas debia atesorar el interior del alma de este santo varon, adornada de dones tan excelentes y variados, embellecida y exornada con gracias tan exquisitas y singulares, y sobre todo, ataviada con aquel precioso é inestimable caudal *de disposiciones interiores* que constituian su peculiar carácter espiritual, y en lo cual difícilmente exista Santo alguno canoizado que llegara á sobrepujarle! No es, pues,

maravilla que San Francisco Javier añadiese su nombre á la letanía de los Santos, ni que San Francisco de Sales hablase del gozo incomparable é indecible consolacion que experimentó, al consagrar un altar en Saboya, cuna de varon tan insigne. Pero á semejanza de Baltasar Álvarez, á quien Santa Teresa vió en espíritu gozando en el cielo mayor gloria que todos sus contemporáneos, incluso no pocos Santos canonizados; así Pedro Fabre no está colocado sobre los altares de la Iglesia, sino que descansa en el seno de Dios como uno de sus Santos ocultos. ¡Loor, pues, y gloria á la Trinidad Beatísima por cada uno de los dones y prerogativas con que se dignó embellecer el alma angelical de este varon venerable! ¡Alabanza y bendicion á tan Augustas Personas por todos los tesoros de gracia con que enriquecieron á los Santos que actualmente viven ocultos en su divino seno, y por cuyo motivo nos es imposible glorificarlas en ellos con perpetuos loores!

2.º La segunda clase de misericordias divinas por las cuales tenemos obligacion de corresponder agradecidos ofreciendo continuas acciones de gracias, comprende los innumerables beneficios personales que hemos recibido de la bondad y liberalidad de nuestro Dios y Señor.

Oigamos á este propósito á San Bernardo en su primer sermón sobre los Cantares:—«En las guerras y en los combates,» son sus palabras, «que deben reñir con el demonio, mundo y carne, todos aquellos que viven piadosamente en Cristo,—pues la vida del hombre como habreis experimentado en vosotros mismos es una milicia sobre la tierra;—en todos estos combates, repito, es menester que volvamos á cantar aquellas nuestras canciones de agradecimiento por las victorias alcanzadas anteriormente. Cuando la tentacion es vencida, y el vicio dominado, y el inminente peligro precavido, y descubiertos en tiempo oportuno cualesquier lazo y asechanza del enemigo, y la vieja é inveterada pasion del alma amansada, y la virtud, tan codiciada y pedida con vivas ansias, alcanzada al fin por la misericordia divina, ¿qué otra cosa debemos hacer más que, á dicho del Profeta, entonar entónces un himno glorioso de alabanza y accion de gracias, y bendecir á Dios por todos los dones y regalos de su infinita liberalidad? Porque en el día del juicio será contado entre los ingratos aquel que no pueda decir al Señor: *Tus justicias fueron asunto de mis canciones de alabanza en el lugar de mi peregrinacion.* ¡Qué más! por cada paso que demos en la senda de la

virtud, y por cada escalon que subamos en la vida espiritual, menester es que cantemos otras tantas canciones en alabanza y gloria de Aquel que así se ha dignado levantarnos.»— «Yo instaría con todas las fuerzas de mi alma, escribe Lancisio, á todos aquellos que sirven fielmente á Dios, que le ofrezcan rendidas gracias con particular agradecimiento y encendido afecto de su corazón, á lo ménos cuatro veces al día: primera, por la mañana, durante la meditacion: segunda, al mediodía ó ántes de la comida: tercera, en el exámen de conciencia: cuarta, al tiempo de irse á la cama. Entre los beneficios personales ocupa el primer lugar aquella gracia con que nos ha llamado de la herejía á la fe católica, ó del olvido completo de los Sacramentos y continuas recaídas en la culpa, á una verdadera conversion y vida ejemplar.» Nuestro Señor habló así en cierta ocasion á Santa Brígida:—«La esposa, hija mía, debe estar ataviada con el blanco ropaje y los ricos adornos del desposorio al tiempo que va el Esposo á las bodas; y brillarán por su blancura esos tus vestidos y preciosas galas, cuando recuerdes con afecto de agradecimiento aquella dádiva graciosa que te he otorgado en el bautismo, purificándote del pecado de Adán, aquella infi-

nita paciencia con que te he sufrido, cuando caíste en la culpa, y aquella generosa largueza con que te he sostenido para que no volvieses á cometer nuevas y más enormes maldades.»

Otro de los beneficios personales que debemos agradecer á Dios es la conservacion de la vida y la salud, medio eficacísimo con el cual podemos acumular diariamente riquísimos tesoros de merecimientos y glorificar con numerosos y variados actos de amor divino á la Majestad soberana del Altísimo. Tenemos asimismo la obligacion de darle señaladas gracias por las humillaciones pasadas y presentes, por las calumnias y malévolas interpretaciones que han dado á nuestras palabras, obras, omisiones é intenciones; por las detracciones malignas que tanto nos han hecho sufrir, y últimamente por todo cuanto ha contribuido á mortificar nuestro amor propio. Porque si consideramos los verdaderos intereses de nuestra alma, no podremos ménos de convenir en que es un beneficio inestimable del cielo la humillacion ó abatimiento, no solo por el auxilio que nos ofrecen para adelantar en el camino de la perfeccion cristiana, sino tambien á causa de las innumerables ocasiones que nos proporcionan de glorificar á Dios, y adquirir un riquísimo caudal de

merecimientos, y llegar, en fin, un día á ocupar un lugar muy alto y encumbrado en la patria del cielo; pues no es fácil concebir un medio tan poderoso para glorificar á Dios nuestro Señor, como el ejercicio devoto de las virtudes cristianas, miéntras el alma se ve perseguida por la humillacion y el abatimiento. Si, pues, nuestro estado ó condicion de la vida no nos grangea el aprecio y las alabanzas de los hombres, demos por ello las más rendidas gracias á Dios nuestro Señor, que ha tenido la dignacion de librarnos del peligro que de otra suerte hubiéramos corrido en el mundo ocupando un puesto más elevado y honroso.

La paciencia infinita que Dios ha usado con nosotros es asimismo un beneficio inestimable que merece todo nuestro reconocimiento; porque, ¿no es un espectáculo digno de la mayor admiracion el contemplar por una parte la soberana mansedumbre con que el Señor nos ha sufrido, y por otra, la perversidad inconcebible de nuestro corazon á tan regalada muestra de su caridad paternal? ¿Cuántas absoluciones no hemos recibido? ¿cuántos méritos perdidos, nuevamente recobrados? ¿cuántas gracias alcanzadas de las misericordiosas entrañas del Rey soberano de la gloria? ¡Oh qué milagro

tan estupendo de paciencia ha sido Dios para con nosotros! Paréceme que no sin sobrado motivo podríamos penetrar en espíritu dentro del corazon immaculado de aquella doncella española que solia decir, segun afirma el P. Rho, que si tuviese que levantar un templo en honor de los atributos de Dios, le dedicaria á la divina Paciencia. ¡Cuán bella y agraciada no debia ser aquella alma angelical, y qué cosas tan íntimas y secretas no pasarían entre ella y su Esposo divino!

Ademas, ¿cuántas culpas no hubiéramos cometido, si la misericordia divina no hubiese salido luego al punto á nuestro encuentro, teniéndonos de su mano? ¿cuántas tentaciones, tan fatales á los demas, que ni siquiera han llegado á mortificarnos un solo momento de la vida? El emperador Antonino, aunque pagano, daba gracias á Dios por las ocasiones de pecado á que nunca se habia visto expuesto; y he aquí otro de los beneficios personales, objeto especial de nuestro agradecimiento. Pero todavía existen tres beneficios personales que un católico no deberia perder jamas de vista, y son los siguientes: 1.º, la eleccion divina por la cual es cristiano, y no judío, mahometano ó hereje: 2.º, la paternal providencia de Dios, que desde que vinimos

al mundo ha sido siempre nuestra defensa, y armadura, y escudo fortísimo: 3.º, la divina liberalidad con que nos ha colmado y enriquecido de innumerables dones y singulares dádivas graciosas para adornar nuestra alma y aumentar nuestro gozo en el Señor.

Aconséjanos San Juan Crisóstomo, que correspondamos también agradecidos á los inestimables beneficios ocultos que Dios, en su misericordia infinita, se ha servido derramar sobre nosotros á manos llenas:—*Dios, dice, es una fuente perenne de clemencia, que continuamente está inundándonos con las cristalinas aguas de su divina liberalidad, aun cuando no lo conozcamos.* Cuenta asimismo Orlandini, que el P. Pedro Fabre llegó á señalarse de un modo singularísimo en el agradecimiento á los beneficios ocultos. Solía decir este varón insigne que difícilmente habría ningún otro beneficio por el cual debiéramos ser más escrupulosos en dar gracias á Dios, como por aquel que nunca solicitamos, viniendo á nuestras manos sin que lleguemos á conocerlo.—Probablemente, no pocos de nosotros sabremos en el día de la cuenta, que semejantes dádivas, ocultas á nuestras miradas, fueron el verdadero eje sobre el cual girara toda nuestra vida mortal, y con cuyo

auxilio llegó á obrarse nuestra predestinación y eterno descanso en la gloria del cielo.

3.º Ni vayamos tampoco á creer que se nos exige demasiado, al recomendarnos los escritores espirituales la obligación de dar rendidas acciones de gracias á Dios nuestro Señor por las aflicciones y tribulaciones pasadas, igualmente que por aquellas otras que tengamos que sufrir en el tiempo presente: no es este, claro está, lugar oportuno para entrar en averiguaciones acerca de los riquísimos tesoros que la Providencia divina, en sus altos y secretos designios, pretende sacar de las aflicciones, pues fácilmente ocurrirán á cualquiera.—El venerable Juan de Ávila solía decir que un solo *Deo gracias* en la adversidad, tenía más valor ante los divinos ojos, que seis mil en tiempo de prosperidad. Pero volvamos otra vez á Orlandini, quien es inimitable en aquella magnífica descripción, donde pinta á las mil maravillas el don especial de acción de gracias que adornaba el alma angelical de Pedro Fabre. Creía este siervo de Dios, y con fundado motivo, que no debían los hombres darse por satisfechos humillándose bajo la mano del Todopoderoso, cuando les probaba con públicas calamidades, sino que era menester que tributasen entónces al Señor las más rendidas gracias

por semejantes adversidades, es decir, por el hambre y escasez, por las guerras, pestes, tempestades y por todos los otros azotes del cielo; y era para su corazón compasivo motivo de dolor *vehementísimo*, ver que los hombres no conocían claramente los amorosos intentos de Dios al afligirlos con semejantes trabajos: ceguera que causaba en su ánimo la mayor pesadumbre, cuando gemía compasivo sobre las desventuras con que Dios se dignaba visitarlos; porque no es ciertamente perfecto agradecimiento aquel que solo se alimenta de favores y regaladas mercedes:—*No!* exclama San Antioco, *no podemos nosotros afirmar que un sugeto es verdaderamente agradecido, hasta que no le veamos dar á Dios sinceras y cordiales acciones de gracias en medio de las calamidades.* Y San Juan Crisóstomo, en sus *Homilias sobre la Carta de San Pablo á los de Éfeso*, escribe que *debemos dar gracias á Dios hasta por la existencia del mismo infierno, y por todas las penas y tormentos que allí se padecen, pues son un freno eficaz para domar nuestras desordenadas pasiones.*

4.º Es también una devoción muy regalada el dar gracias á Dios, Padre amoroso, por aquellos beneficios que llamamos insignificantes y livianos, no porque exista largueza alguna in-

significante para nosotros, criaturas harto indignas de semejantes favores, sino con relación á las otras misericordias de Dios más soberanas y de más alta estimación: San Bernardo no teme aplicar á este ejercicio piadoso de acción de gracias por los beneficios de escasa valía el encargo que hizo el Señor á sus discípulos de recoger con exquisito cuidado todos los fragmentos y sobras, para que no se desperdiciase absolutamente ninguna. Leemos en la *Vida de la Beata Battista Varani*, de la Orden de San Francisco, que en cierta ocasión la habló el Señor de esta manera:—«Si no volvieses nunca más á pecar; si tú sola hicieses más penitencias que cuantas han hecho todos los Santos del cielo, mientras vivieron sobre la tierra; si deramases tantas lágrimas como gotas de agua encierran todos los inmensos mares; si sufrieses, en fin, tantas penas y trabajos cuantos eres capaz de sufrir; todos estos sacrificios no serían suficientes para corresponder agradecida al más pequeño beneficio que liberalmente te he concedido.» Cuenta la misma Varani, que en otra ocasión la dió el Señor á entender cómo ni la Madre gloriosísima del Verbo eterno, María santísima, ni todos los Ángeles y bienaventurados de la Corte celestial, con cuantos encantos y perfec-

ciones engalanan su gentileza, podrán nunca rendirle las debidas gracias por la creacion de la más pequeña flor del campo que el Omnipotente criara para deleitar nuestra vista, y no por otra razon, sino á causa del abismo infinito que existe entre su divina excelencia y soberana grandeza, y nuestra ruindad é inconmensurable bajeza. Tambien en esta devocion, segun refiere Orlandini, llegó á sobresalir el P. Pedro Fabre, quien solia decir, que en toda dádiva divina, por liviana que fuese, debian ponderarse tres cosas, á saber: el Dador, el don y el afecto de caridad con que la concedia; y que si nosotros considerásemos devotamente estos tres objetos, veriamos entónces con toda claridad la grandeza que campea en las más pequeñas misericordias divinas:—«Indudablemente, continúa su biógrafo, fué esta la causa por la cual su alma bienaventurada se hallaba siempre nadando en la abundancia de las divinas larguezas; porque siendo Dios un océano inagotable de bondad, es imposible que llegue á secarse la fuente de la liberalidad infinita, allí donde da con un corazon sumamente devoto y agradecido, en cuyos senos pueda derramar las cristalinas aguas de sus inefables misericordias.» Así es que Tomás de Kémpis asegura, que si nos detuviésemos á con-

siderar la majestad y grandeza del Dador, ningun don tendríamos entónces por pequeño, mucho más sabiendo que el mismo Señor llegó á encargar á Santa Gertrúdis que le diese gracias hasta por los beneficios futuros no recibidos todavía: ¡tan acepta es á sus divinos ojos la práctica de accion de gracias!

5.º No raras veces se le oyó decir á San Ignacio, que eran muy pocas las personas, acaso ninguna, que penetrasen á fondo el enorme impedimento que oponemos á Dios, cuando desea en su inefable liberalidad obrar cosas grandes en nuestras almas, pues apenas son creibles los portentos que obraria en ellas, solo con que nosotros se lo permitiésemos. Hé aquí por qué no pocas personas espirituales han hecho una devocion especial de accion de gracias á la divina Majestad de los beneficios que el Omnipotente las hubiera concedido, si ellas no se lo hubiesen estorbado, y de aquellas otras mercedes á que no correspondieron agradecidas al tiempo de recibir las. Fabre solia celebrar misas, ó las mandaba decir, en expiacion de su desagradecimiento y el de sus prójimos al recibir los beneficios de las manos de Dios nuestro Señor; y siempre que veia algun rico ó poderoso de la tierra, acostumbraba á hacer actos de reparacion amo-